

Los papeles de Isabel Bravo

(Fragmento de novela)

Eugenio Núñez Ang



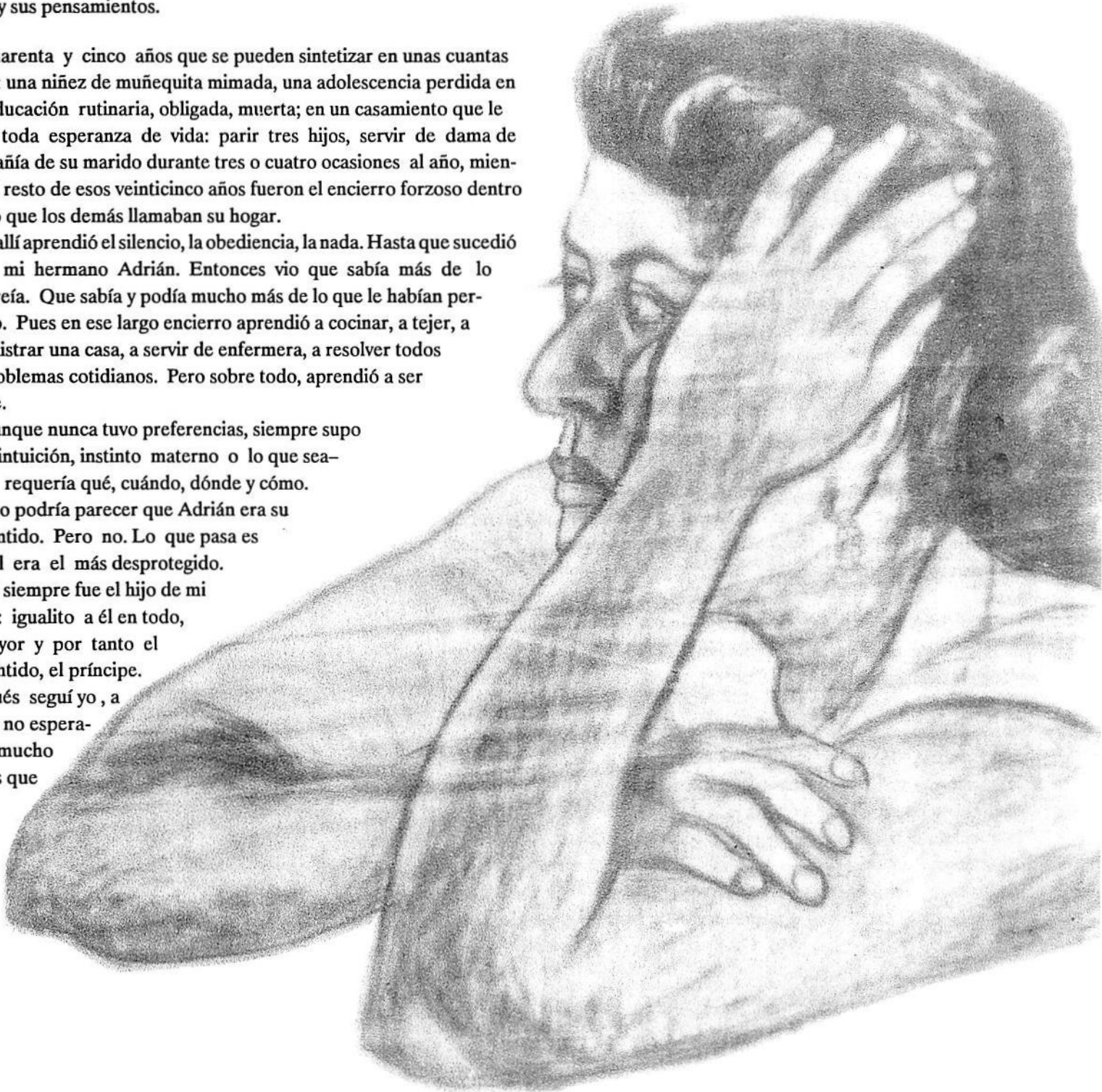
uando mi padre se fue, mi madre comenzó a vivir. Fue como si de repente se diera cuenta de su ser en el mundo. Empezó a hacer planes: “Tengo algo de dinero ahorrado, podríamos poner un negocio: un restaurante, una tienda de regalos, una librería, un lugar donde...” ideas no le faltaban. “O puedo trabajar”: entonces se daba cuenta de su edad, de su falta de preparación, de su imposibilidad de recibir órdenes, de plegarse a un horario, de llenar una solicitud de empleo.

Todo sería empezar. Iniciar una vida a los cuarenta y cinco años era como volver a nacer. Se había casado a los diecinueve sin ninguna experiencia para nada. Sus años de juventud los pasó metida entre libros, entre tareas inútiles y los pequeños aprendizajes de la casa: preparar una ensalada, una salsa, unas galletitas; barrer, lavar su ropa íntima, coser un botón, jugar a las muñecas como entrenamiento para su vida futura en la que tuvo que aprender cómo tratar a las sirvientas, cómo servir a su marido, cómo anestesiarse sus deseos, sus sentimientos y sus pensamientos.

Cuarenta y cinco años que se pueden sintetizar en unas cuantas líneas: una niñez de muñequita mimada, una adolescencia perdida en una educación rutinaria, obligada, muerta; en un casamiento que le cortó toda esperanza de vida: parir tres hijos, servir de dama de compañía de su marido durante tres o cuatro ocasiones al año, mientras el resto de esos veinticinco años fueron el encierro forzoso dentro de eso que los demás llamaban su hogar.

Y allí aprendió el silencio, la obediencia, la nada. Hasta que sucedió lo de mi hermano Adrián. Entonces vio que sabía más de lo que creía. Que sabía y podía mucho más de lo que le habían permitido. Pues en ese largo encierro aprendió a cocinar, a tejer, a administrar una casa, a servir de enfermera, a resolver todos los problemas cotidianos. Pero sobre todo, aprendió a ser madre.

Aunque nunca tuvo preferencias, siempre supo —por intuición, instinto materno o lo que sea— quién requería qué, cuándo, dónde y cómo. Por eso podría parecer que Adrián era su consentido. Pero no. Lo que pasa es que él era el más desprotegido. Angel siempre fue el hijo de mi padre: igualito a él en todo, el mayor y por tanto el consentido, el príncipe. Después seguí yo, a la que no esperaban y mucho menos que





fuera una niña –aunque a estas alturas de la vida no sé si eso sea cierto o sea un subterfugio inventado por mí después de la lectura de Santiago Ramírez, Francisco González Pineda o mi acercamiento al feminismo–; lo cierto es que para mi padre casi no existí, pues además de que llegué en un momento difícil, él se significó por su ausencia. Una ausencia justificada por el clásico pretexto: el trabajo. Lo cierto es que además del trabajo, la presencia de la primera amante de la que mi madre tuvo noticia, porque a raíz de esa mujer toda la madeja empezó a desenredarse y así fueron apareciendo otros hijos: ya productos de una relación larga, o de algún encuentro ocasional; los más, totalmente desconocidos.

Tres años después de mí, nació Adrián. Mi hermano significó un reencuentro entre mis padres. Para ella fue la única época feliz de todo su matrimonio. Poco le duraría el gusto. Sin embargo, Adrián le ocupó todo su tiempo y le llenó la vida entera. A la edad de tres años, Adrián empezó a sufrir constantes enfermedades que lo llevaron, por una parte, a tener en mi madre una presencia constante; por la otra, mi padre comenzó a detestarlo: “escuincle chipil”, “mariqueta”, “bueno para nada” eran los calificativos más frecuentes para referirse a él.

Pero a la edad de ocho años, Adrián comenzó a mostrar su capacidad de ser independiente. Se volvió un chico inteligente, sensible, amoroso. Todo mundo lo quería, excepto mi padre que lo tomó como pretexto para agredir a mi madre: “ese niño no es mi hijo”, “no se parece a mí, mi único hijo es Angel”; “ese niño está así porque tú trataste de abortarlo para ocultar tus engaños”, “quítalo de mi vista, no quiero verlo”. Sin embargo, la presencia de Adrián inundaba toda la casa, como si el rechazo de mi padre nos impulsara a compensarlo con nuestro propio cariño, aún Angel se volvió su protector y guía hasta unos meses antes de que sucediera lo que sucedió. Tal vez, Angel fue el que desencadenó todo, porque esa noche ni siquiera se apareció por la casa.

Poco tiempo después de que mi padre nos abandonara, también Angel se fue. Para mi madre fue un alivio, pues había adoptado el papel de el señor de la casa y era como tener a mi padre allí, corregido y aumentado, pues quién sabe de dónde sacaba esas actitudes que ni mi padre mismo tenía. “Siempre le gustó imitarlo, aunque siempre exageró”, fue lo único que dijo mi madre. Adrián nunca regresó. Se siguieron viendo. Sólo ella sabía dónde se hallaba, cómo verlo. Yo, como siempre, permanecí al margen. Excepto aquella noche.

Aún recuerdo las palabras de mi madre: “Isabel, toma las llaves del coche y llévate a tu hermano, sácalo de aquí porque yo tengo que arreglar un asunto con este hijo de la chingada”. Jamás había oído a mi madre pronunciar una palabra así, como tampoco la había visto enfrentarse a mi padre. “Váyanse a un hotel, mañana nos vemos, porque este cabrón va a saber quién soy yo.”

Nunca supe qué se dijeron, pero mi padre no regresó jamás. Dos años después supimos de su muerte. Mi madre se encargó de todo, hasta de correr del sepelio a la amante en turno. Recibió con la dignidad de una viuda el pésame, sin mostrar en un solo momento dolor o alegría. Era como si se hubiera puesto una máscara que congelaba su rostro. Allí el único verdaderamente abatido era Angel, Adrián ni siquiera se enteró. De todos modos no hubiera ido, así se lo dijo a ella. Ella lo único que le pudo decir fue: “perdónalo”.

